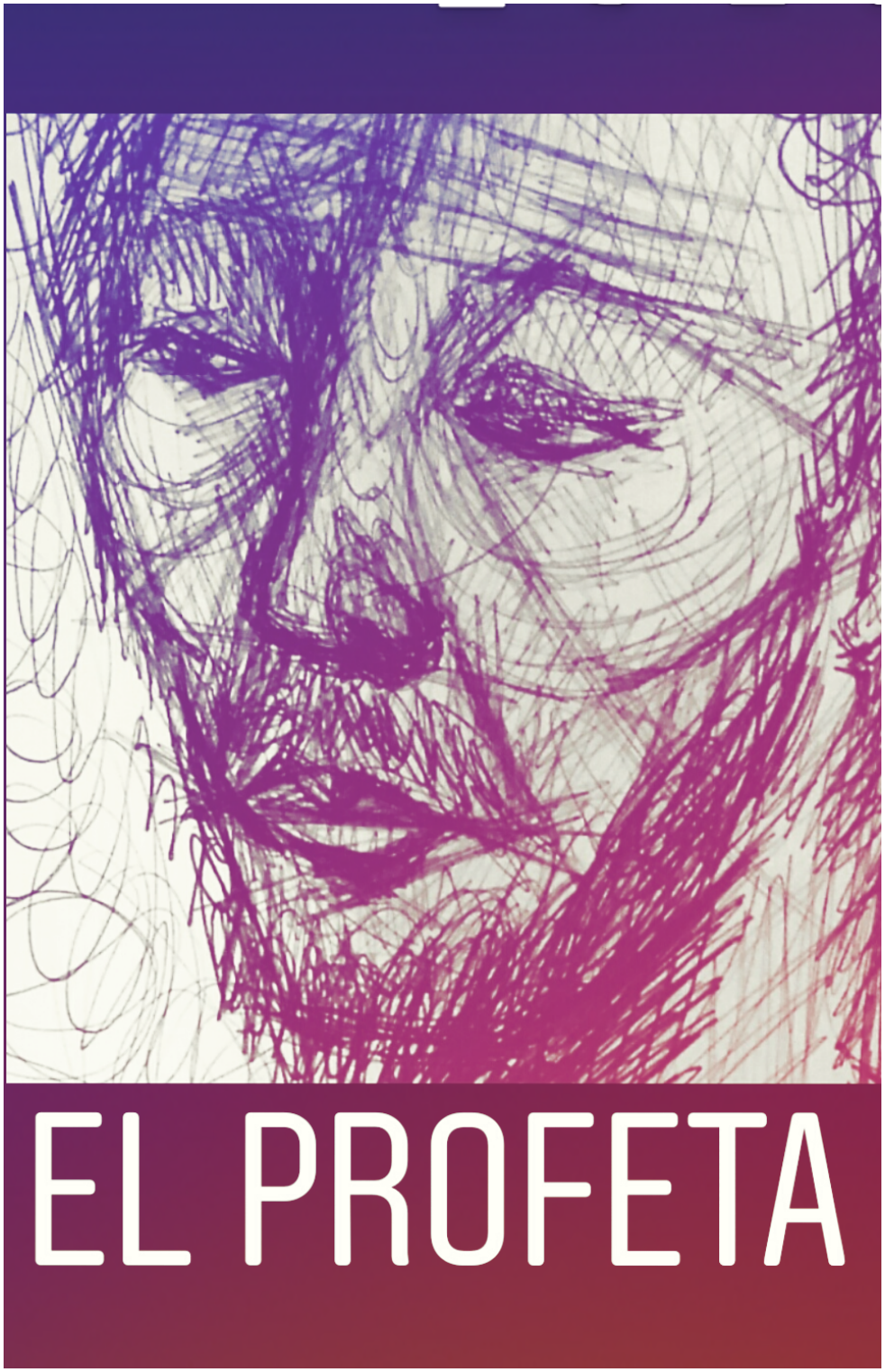
El profeta

Marce Elizondo



Capítulo 1

El Profeta

Esta es la historia de un hombre que creía que cualquier cosa que hiciera lo podía condenar a la más terrible pesadilla, o peor aún, podía poner en peligro su vida. Temeroso de su destino medía cada uno de sus actos y su miedo era tan grande que cuidaba cada palabra que decía. Incluso, a veces, prefería no decir nada para correr menos riesgos.

Se movía siempre con cautela y se esforzaba constantemente en no quedar atrapado en algo, pues su libertad era lo que más valoraba. Estaba tan preocupado en eso, que poco a poco se fue olvidando de cosas importantes. Algunos días se le pasaba almorzar, ya que se detenía ante la idea de salir a la calle. Ir por algo que deseaba lo ponía en serio peligro. Y peligro para él podría ser que el pan que le vendieran fuera del día anterior, o que los duraznos estuvieran verdes.

Cuando quiso acordarse ya no leía libros, había dejado las salidas con amigos, había perdido las ganas de mirar un paisaje, de caminar al sol o de quedarse viendo las estrellas. Hacía años que no se mojaba con la lluvia y décadas desde su último tropezón. En todo ese tiempo, jamás se percató de lo pequeño que se había vuelto su mundo.

Su problema se iba agravando a medida que envejecía pero él no notaba que su vida se volvía gris y monótona. Por el contrario, él creía tener la suerte de estar sorteando las dificultades de la vida con bastante éxito, y tan lejos había quedado el espíritu aventurero de su ser niño que ya no recordaba lo maravilloso de la incertidumbre, el cosquilleo en la panza al no saber qué hacer, o la alegría de alcanzar algo deseado.

Había casi logrado desterrar la palabra duda de su pensamiento, pues había llegado a la conclusión de que dudar no era bueno para él. Dudar lo obligaba a tener que elegir y a tomar decisiones que podían atentar contra su bienestar. Él necesitaba tener todo bajo control, y para su tranquilidad, eso lo había conseguido.

Su secreto para no dudar y no tener que moverse en una u otra dirección era negarse al deseo. Para eso se había convencido que no necesitaba nada, que lo que tenía era suficiente, y bajo esta excusa, con los años, se habían vuelto precarias su casa y su vida.

No pudo darse cuenta que de tanto querer alejarse de lo que consideraba peligroso, había caminado su vida en un círculo que lo había llevado

directo a las fauces de su tan temido fantasma.

El no sabía que sin deseo no se vive, él no sabía que ya había muerto.